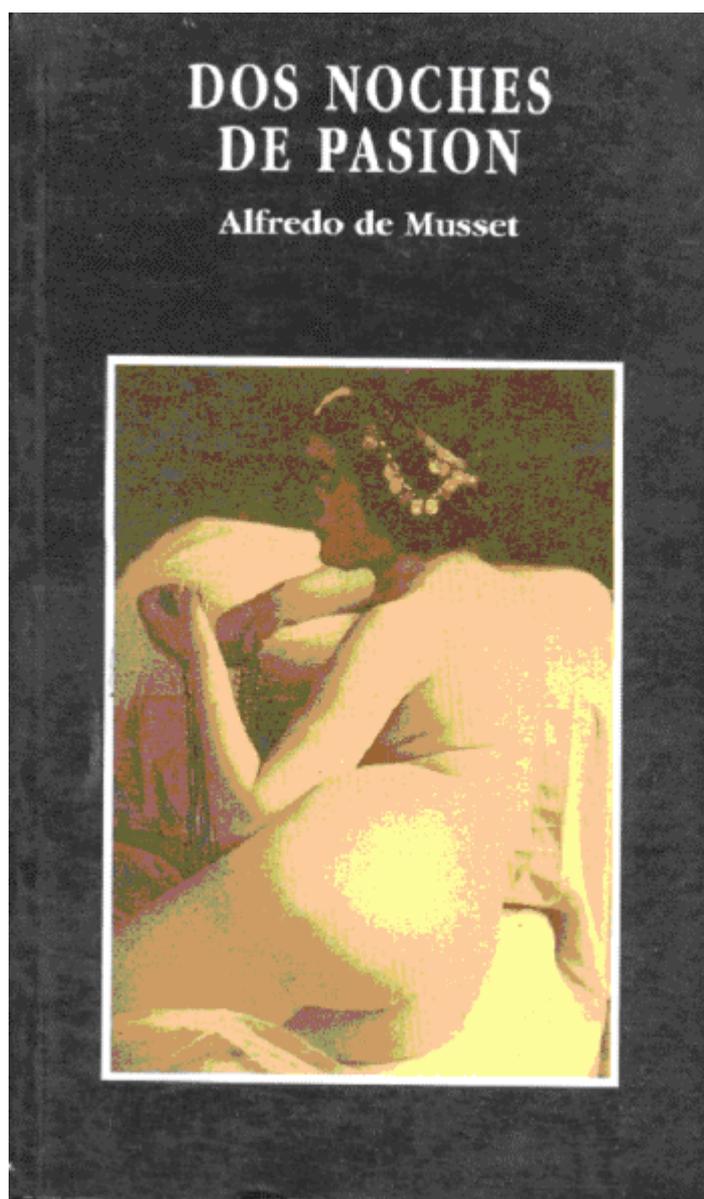


LIBRO dot .com

DOS NOCHES DE PASION
ALFRED DE MUSSET



Digitalizado por **LIBRO** dot .com
<http://www.librodot.com>

NOTA PRELIMINAR

Esta novela de Musset es una obra de arte, y al mismo tiempo un libro de pesadilla y de tormento: libro de vicio, de carne y sangre, de orgías locas, nacido en un sueño de ajeno del borracho magnífico y glorioso. Nunca se había publicado hasta ahora con su nombre entre la serie de sus obras completas, como si tales páginas de fuego fuesen un crimen torpe e inconfesable. Pero, según acaece a los hijos clandestinos engendrados con besos delirantes en los espasmos de un amor frenético y prohibido, jamás el genio del Alfredo de Musset parió obra más hermosa.

La condesa Gamiani es la perversidad hecha mujer. Nada tan sugestivo y tan punzante como la libertina historia de esta insaciable gozadora de amor, siempre sedienta de un placer raro y nuevo, siempre buscando ¡más!, ¡más!, ¡más!, bajo las potentes caricias varoniles, y contra el dulce pecho tembloroso de otra anhelante y bella compañera, y aun entre las peludas patas de las bestias. Cuentos de risa, gritos de angustia, besos ardientes de pasión sáfica y sádica llenan el libro desde el principio al fin. ¡Cuánto libertinaje encerrado en sus páginas, pero con qué arte, con qué calor de humanidad, con qué esplendor supremo en la pintura, con qué poder soberano en la forma, tersa, impecable, elocuente y magnífica!

No se escribió Gamiani para ser publicado. Según narra un bibliófilo, su concepción surgió de la gárrula charla de un cenáculo literario y jovial de buenos camaradas.

Fue en el París romántico y revuelto de los días que siguieron a la revolución de 1830. Alfredo de Musset y nueve amigos suyos, estudiantes y poetas, todos henchidos de un juvenil amor al arte y a la vida, solían reunirse a diario en jocunda asamblea en uno de los más mundanos cafés del Palais-Royal. Una noche, después de una comida alegre, en que se habían alzado a Baco por docenas los sacrificios de las libaciones y en que se pensaba a la par en Venus y en Apolo, surgió el tema del erotismo en la literatura.

Vasta era la materia. Desde Dafnis y Cloe el Aretino, desde los Epigramas de Marcial hasta el Marqués de Sade, todo fue recordado, glosado y criticado con un carnal y docto regocijo. Y comentado la extremada licencia de lenguaje con que un Rabelais o un Brantôme o un Beroaldo de Verville, los clásicos abuelos del buen humor francés, trataban sus asuntos placenteros, alguien llegó a decir que era imposible escribir un buen libro -novela o poema erótico-

tico- de delirante exaltación sensual, sin el empleo de imágenes groseras y de inevitables vocablos malsonantes.

Musset oía y callaba, con el vaso en la mano. De pronto habló, como si despertara de su ensueño de alcohol:

-Yo os digo que se puede hacer una obra de buen gusto, una obra de arte, sobre los arrebatos más abyectos, o tal vez más divinos, del amor. Yo soy capaz de hacerla. Dentro de tres días la traeré, si queréis oírla.

Y a los tres días Alfredo de Musset llevó escrito Gamiani.

Cada uno de los mozos que formaban el literario cónclave quiso tener una copia del libro, y la indiscreción de uno de ellos, admirador ferviente del autor, permitió a un editor belga darlo al público en 1833.

Antes de la presente traducción que se reparte ahora en el discreto y reducido círculo de mis amigos, estaba ya Gamiani, no precisamente vertido al español, sino a un lenguaje que lo parecía a veces. Es un libraco infecto, soez mercancía pornográfica y sucia, que tiene hasta el ludibrio de cinco inmundas láminas sin relación ninguna con el texto, y en que un vil e ignaro delincuente anónimo profanó el genio de Musset y el habla castellana, quitando a la obra precisamente el cendal de la forma que cubre su crudeza con las magnificencias del estilo, y dando una versión absurda, antisintáctica, mermada y macarrónica que, cuando, por desgracia, es comprensible, parece un cuento verde puesto en los jayanescos labios de un mozo de cortijo.

De las luces del vertedor os dará idea un detalle. Dice, en la página 16 de su engendro: «Juró como un templario.»

Y se le ocurre hacer esta llamada: «Habitante del Temple, barrio de Paría. Según veis, esta de hoy, aun torpe como mía, es la primera traducción del libro.

Para preámbulo de él, como corona de laurel glorioso, se pone una bellísima semblanza de Alfredo de Musset, un responso magnífico que entonó hace años Alejandro Sawa, el gran bohemio poeta, tan semejante por su talento y por sus extravíos al autor galo.

Y también se inserta un fragmento de las Memorias de Celeste Mogador, que en casi todas las modernas ediciones precede a esta novela. Es un odioso y desolado cuadro de lupanar, por donde pasa la sombra trágica del Musset decadente, cruel, perdido, agotado... En él se pinta la decrepitud, no sólo de su cuerpo, tronchado por el sino en plena fuerza y plena juventud, sino también de su alma, y se ven las negruras del ocaso de su radiante espíritu.

ALFRED DE MUSSET

En estos días rientes de la maga Primavera, todos los enamorados en París, dos a dos (¡oh, inefable y cándido misterio!) ofrendan a Musset flores y preces, flores de los jardines y preces del corazón, cálidas como epitalamios. Murió, en efecto, un día de mayo de hace cincuenta y un años. «Yo soy el poeta de la juventud-decía-. Debo morir en la primavera.» Y al extinguirse, las musas y las mujeres lloraron como en los días en que, con Pan, se fueron los postreros dioses de la tierra.

Tengo el modelo ante los ojos de mi deslumbrada memoria: un gran Musset, en los tiempos heroicos de su adolescencia, recostado sobre un diván (yo no puedo concebir de pie y erguido a ese poeta) y envuelto en 1 túnica de Manfredo; pero no acude a mi imaginación, con la generosidad de otras veces, el sentido lineal y cromático de la figura que me propongo dejar estampada aquí, y eso me desespera, porque Musset es una de las más evidentes figuras de mi museo interior...

Yo lo veo moralmente con dos caras, bicéfalo, como un monstruo asiático: la cara plácida e iluminada por un sol de Atenas, de los días buenos, y luego, en los días malos, en los días de niebla y alcohol, la cara fatal de un maldecido que purgara en la tierra crímenes que, por lo horriblos, no pudieran decirse.

Hay el Musset adolescente y el Musset de la decadencia. El primero, que fue un creador divino del que Saint-Beuve pudo decir: «Nadie, al primer golpe de vista, producía como él la impresión del genio adolescente», vivió sólo diez años; todas sus obras líricas y dramáticas las levantó antes de los veintisiete años. El segundo, que fue un destructor satánico, vivió diecisiete. Y a mí se me antoja más interesante el Musset de la derrota que el del triunfo, porque siempre he creído a Lucifer más propio de la oda que al ángel bueno que guarda la entrada del Paraíso.

Con un joven dios ha sido frecuentemente comparado. Y yo añadiría que con un joven dios de las viejas teogonías nordiales. Era un efebo rubio, azul y blanco: en jaspe, oro, y mármoles policromos para el basamento, debería ser tallada su estatua. Jorge Sand, su inmortal amada, lo conoció así, en aquel esplendor. Su amor, obra fue de deslumbramiento. Quedó

cegada ante aquel magnífico ejemplar de la gracia cuando se transforma en criatura mortal. Y, herida de muerte, sangró lágrimas toda su vida.

Es curiosa la correspondencia en que la autora de *Elle et Lui* platica con Saint-Beuve de aquellos sus amores. Hay una carta, la primera de la serie, que alumbra con luz intensa una de las más lóbregas emboscadas del destino, que yo sepa. Concluye así: «Después de haberlo meditado, pienso que será mejor que no conduzcáis a casa a Alfredo de Musset para presentármelo. Es demasiado dandy para mis gustos, y creo que no llegaríamos a entendernos

nunca. Más que interés es mera curiosidad lo que me inspira.» (Marzo de 1833.)
¿Coquetería, quizá, de hembra que huye por el solo gusto de ser alcanzada?

Pero el mal azar quiso (¿y por qué no el índice bueno del destino, puesto que a ese momento inicial debemos *La noche de octubre*, entre otras composiciones soberanas?) que se encontraran algún tiempo después en una comida de la Rue des Deux Mondes, y al día siguiente Jorge Sand escribe a Saint-Beuve, su misericordioso confesor, anunciándole sin ambages que es querida de Musset y que puede decirlo así a todo el mundo.

Estos amores de Musset quemaron y agotaron toda su sensibilidad moral y artística. En la historia de la mayor parte de los hombres el amor es sólo una anécdota; pero aquí es una vida: una vida de pie y entera, una vida en toda su extensión, porque Musset sólo fue hombre y poeta mientras amó; luego el cuidado supo asistir a los propios funerales de su genio. Un día las gacetas de París anunciaron que Jorge Sand y Alfredo de Musset habían ido a pasar una temporada en Italia; otro, poco tiempo después, que el poeta se encontraba enfermo y agoni-

zante en Venecia; luego, que Musset había regresado solo y viudo, en plena vida de la mujer que había asociado su destino. Y se hizo la noche, desde el momento aquel, en la vida del mísero, una triste y larga noche, sólo alumbrada por las livideces como espectrales del alcohol ardiendo en el fondo de las poncheras, las noches en que Baco el velloso recibía triste consagración, como en los días idos de la Grecia agonizante.

Como en las obras de enredo, el drama de Venecia tuvo más de dos personas: un doctor Pagello, ante cuya armazón física no se mostró esquiva, a lo que parece, Jorge Sand, representó en él una acción preponderante.

De Pagello es esta frase monstruosa, que he visto impresa al pie de una carta dirigida a Jorge Sand: *Il nostro amore per Alfredo*.

Pero Musset estaba cansado de aquellos amores de fiera desleal: su ilusión había quedado en Venecia tumbada en el fango, con las alas tronchadas.

Y no consintió ya nunca jamás abrirle las puertas de su corazón, frío y hórrido como una fosa abandonada, a la enamorada pecadora.

Fue en vano que llamara, que implorara, que rugiera, que amenazara. Musset estaba cansado y desangrado.

Ella le escribió: «No me ames, puesto que dices que no puedes; pero acéptame a tu lado y luego golpéame si quieres: todo lo prefiero a tu indiferencia.» Y encarándose con Dios mismo, le decía: «¡Ah, devolvedme mi amante, y yo me tornaré devota y yo desgastaré con mis rodillas las losas de las iglesias!»

Llegó a mas: uniendo el gesto a la palabra, se cortó un día la magnífica cabellera, que era el más lúcido prestigio de su belleza, y se la envió a Musset, como ofrenda bárbara a un Dios implacable y cruel; otra vez la encontraron tendida ante la puerta del ídolo como una muerta; atravesada en el umbral como un perro que aguarda a su amo.

No pudo ser. Y de allí en adelante la vida de Musset no fue sino una monótona exposición de horrores: luego vino la impotencia de escribir, cuya causa no le era desconocida, pero contra la que no podía reaccionar. Como asistía al desastre de su ser día por día, hora por hora, es seguro que vivió embrujado por la tentación del suicidio todo lo largo de su postrero trayecto mortal. El demonio del alcohol había hecho presa en sus entrañas y ya no lo soltó hasta su muerte. Vivía aislado, roído de tedio. Y llegó a no figurar en el movimiento literario de su país, como si efectivamente hubiera muerto.

Heine dijo: «Musset es tan ignorado por la mayoría de Francia como podría serlo un poeta chino». Sus breves amores con la Malibran parecieron reanimarlo momentáneamente; pero cayó de nuevo en más hondas y definitivas desesperanzas.

El glorioso efebo que Jorge Sand había amado, y que Grecia hubiera ungido de flores, se trocó en un hombre frío y altanero y, fuerza es decirlo, antipático: él mismo lo reconoce en carta dirigida a uno de sus escasos amigos de la última etapa: «Me he mirado por dentro y por fuera, y me pregunto si bajo este exterior rígido, mal encarado e impertinente, poco simpático, en fin, no hubo primitivamente un hombre de pasión y de entusiasmo, un hombre a la manera de Rousseau.»

Alfredo de Musset murió definitivamente el 1 de mayo de 1857; murió diciendo: «¡Dormir, quiero dormir!»

Bueno es dejar estampada aquí la suprema ironía de que al día siguiente sólo veintisiete personas asistieron al sepelio. Y pienso y, al evocar este recuerdo y el de Poe y el de Baudelaire (sagrado tríptico), que de entonces acá todas las apoteosis mortuorias son injustas y

sacrílegas. Verdad es también que no se celebran funerales en nuestra baja tierra cuando alguna estrella deja de arder en el firmamento...

LOS DIAS NEGROS DEL POETA

(Fragmento de las memorias de Celeste Mogador)

Durante mi permanencia en aquella casa tuve ocasión de ejercitar mi temperamento belicoso con un hombre cuya gloria, aunque deslumbradora, quizá no sea bastante a borrar el recuerdo de su depravación.

Ocioso es advertir que no diré su nombre; pero si alguien le reconoce a través de estas páginas, mi conciencia permanecerá tranquila.

Nada me importa hablar del trato que con él tuve, porque, como puede apreciarse, la historia de nuestros amores no consistió en un trueque de caricias vulgares vendidas y compradas, sino que fue una serie continuada de violencias, discordias y engaños.

La primera vez que le vi estaba yo de muy mal humor. Su presencia me causó una impresión que me sería difícil de expresar. Cuando menos me lo esperaba, me dijeron que había llegado un hombre a quien tenía que presentarme, y seguí a Fanny al saloncito. De espaldas a la puerta, sentado junto a la chimenea, me encontré a un individuo que ni siquiera se tomó la molestia de volverse a mirarme. Tenía el cabello rubio, era delgado, y ni bajo ni alto.

Avancé un poco hacia él: vi que sus manos eran finas y blancas, y que con una de ellas se golpeaba maquinalmente una rodilla. Plantéme ante mi visitante, y él levantó los ojos para verme. Más bien que un hombre parecía un espectro. Observé aquella ruina prematura: apenas si el recién llegado representaba treinta años, a pesar de las arrugas que surcaban su semblante.

-¿De dónde vienes?- me preguntó, cual si acabara de salir de un sueño-

No sé quien eres.

No contesté, y él principió a jurar.

-¿Por qué no me respondes cuando te concedo el honor de hablarte?

Me puse encarnada, y le dije:

-¿Os pregunto yo acaso ni quién sois ni de donde venís? ¿Es que se necesita alegar algún título especial para presentarse ante vos? Pues no tengo ninguno.

El se quedó impasible, sin apartar de mí su mirada inexpresiva.

Entonces yo me dirigí a la puerta.

-¡No os mováis de ahí!-me gritó-.¡Os lo mando!

Sin aguardar una palabra más, salí del saloncito.

Corrí a contar a Fanny lo que ocurría, y ella se encogió de hombros y me dijo que había hecho mal; que el señor de la chimenea era el mejor amigo de la casa; que le gustaba que le trataran bien; que muchas veces se pasaba ocho días metido allí; que sus méritos propios le disculpaban, y que era uno de los escritores más grandes de su tiempo.

-¿Ese hombre?-exclamé sorprendida.

-¡Ese hombre!

-Pues convendría que escribiese peor y hablase mejor.

Mi compañera Dionisia, que estaba delante, me advirtió al oído:

-Fanny le disculpa porque él le da a ganar mucho dinero. Pero es un hombre vil, brutal, indecente y borracho. ¡Pobre de la que tiene la desgracia de gustarle!

Un tremendo campanillazo hizo retemblar la casa.

Era ni enemigo, colérico porque le había dejado solo.

-No vayas-me dijo Dionisia.

-¿Por qué no?-contesté, mirando a Fanny de una manera irónica-. Me gusta eso de ver de cerca a un genio. Siempre se saca algún provecho con el trato de los hombres de talento.

Y volví al saloncito.

-¿Estás aquí por fin? En esta casa todos me obedecen. Tú me obedecerás también. -Quizá.

-Y sin quizá. Para empezar, vas a beber conmigo.

Llamó, y acudió Fanny.

-¡A beber!-dijo el hombre.

Fanny nos llevó tres botellas y dos vasos.

-¿Qué quieres tomar? ¿Quieres ron, aguardiente o ajenjo?

-Os lo agradezco, pero yo sólo bebo refrescos, y ahora no tengo sed.

-¿Y a mí qué me importa eso? ¡Quiero que bebas!

-¡No!-respondí resueltamente.

Juró como un templario; echó en su vaso ajenjo y lo apuró de un trago.

-¡Ahora, tú! ¡O bebas o te pego!

Llenó dos vasos y, tambaleándose, me ofreció uno de ellos. Le veía avanzar hacia mí, un poco inquieta por su amenaza, pero resuelta a no ceder.

Cogí tranquilamente el vaso que me ofrecía y tiré el contenido a la chimenea. -¡Ah!-dijo, asiéndome de un brazo y obligándome a girar sobre mí misma, aunque sin lastimarme-. Eres desobediente. ¡Mejor! ¡Así me gusta!...

Sacó un puñado de luses y, con un vaso lleno en la otra mano, insistió:

-Bebe, y te los daré.

-No bebo-repetí.

-¡Oh!-exclamó riendo e inclinándose un poco-. ¡Magnífico carácter: inaccesible al miedo y al interés! Lo mismo da. Me gustas como eres. Siéntate junto a mí, en este sofá, y cuéntame tu historia.

Me senté sin hablar.

-Tú has sido desgraciada y perseguida, ¿verdad? Apostaría a que, lo mismo que tus compañeras, eres por lo menos hija de un general. Responde con franqueza: ¿te gusta mi modo de ser?

-Me repugna atrocemente.

-Veo que no te pareces a las otras. Todas enloquecen por mí. Pero, ¿qué hemos de hacerle! No está en la mano de uno ser simpático. A las demás no puedo soportarlas, y tú me pareces original y me encantas. Coge este oro: te lo doy, aunque no te lo has ganado. Ahora, déjame. ¡Vete!

Me apresuré a obedecer. Al salir, le miré y vi que llenaba un vaso de aguardiente. Dionisia me esperaba en la puerta.

-Tenía miedo-me dijo-de que te pasara algo. Dicen que pega cuando le contrarían, y estaba aquí para auxiliarte si llegaba el caso.

Le di las gracias con una sonrisa. En aquellos momentos me importaba poco la vida, y si me hubiera pegado aquel hombre por el placer de atormentarme o humillarme, creo que hubiese corrido más peligro que yo.

Tanto le había chocado mi menoscabo, que no podía vivir sin mí. Iba a verme dos o tres veces cada día. Tenía momentos como de locura, en los que, sin motivo, me decía cosas infames. Esto me sacaba de quicio. Manifesté que por nada del mundo me presentaría más a

él, y brutalmente me hicieron comprender que no era dueña de mi voluntad. Entonces comencé a tomar horror a mi ama. Agaché la cabeza y bajé al saloncito. Altivamente, sin esperar a que me dirigiera la palabra, exclamé:

-¿Qué queréis de mí? ¿Por qué tenéis empeño en verme? Vuestra presencia no me inspira mas que asco. Si es durante vuestras noches de orgía cuando escribís tan bellas cosas como las que he leído esta mañana, al día siguiente no debéis de reconocerlos como autor de ellas, y eso es lástima. Estáis muy en carácter despreciando a la mujer y denigrándola. Sois menos que un perdido. ¡No sois mas que un borracho! Quizá tengáis razón al desdeñarnos; pero, si la tenéis, ¿por qué no nos dejáis en paz?

Esperaba un poquillo recelosa el efecto de mi fogosa arenga, cuyo principio oyó mirándome con ojos extraviados. Pero bien pronto me serené, pues al terminar advertí que se había quedado dormido en la butaca.

Salí de puntillas.

Creo que no me guardó ningún rencor, porque al siguiente día pidió permiso para convidarme a comer. La señora se apresuró a otorgárselo sin mi consentimiento. Yo procuré tranquilizarme, confiada en que aquel individuo guardaría sus extravagancias groseras para cuando iba a verme a casa, pero fuera de ella se respetaría un poco más y al libertino descarado lo reemplazaría el hombre de gustos exquisitos.

A las seis fue por mí y me llevó al Rocher de Cancale. Yo vestía un traje sencillísimo que estrené precisamente aquel día, lo mismo que el sombrero. Me gustaban mis atavíos, y estaba menos triste que de ordinario, quizá porque era la segunda vez que salía de la odiosa vivienda. En los primeros momentos no dio ocasión a que me disgustara, exceptuadas ciertas bromas de mal gusto, nada piadosas, que esquivé como pude.

El criado que nos servía colocó en la mesa un sifón.

Nadie pudiera sospechar la loca idea que pasó por la cabeza de aquel hombre singular que me había elegido por víctima de sus caprichos. Cogió el sifón como para echarse agua y, volviéndolo hacia mí, me puso hecha una sopa. Hay ocasiones y hay estados de espíritu en que estas cosas pueden tolerarse, aun cuando sean como bromas pesadas. Pero yo estaba tan harta ya y era tan desdichada, que el indudable acceso de locura me exasperó. Derramé un mar de lágrimas: de lágrimas de ira. Y mientras más lloraba yo, más grandes y más fuertes eran sus carcajadas.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

